

**MODAS DE PARIS.**

DE SEÑORA. La blonda, que ha vuelto á obtener grande aceptacion en el mundo elegante, gracias á las nuevas disposiciones, contribuye mucho á dar á los adornos una forma muy aristocrática; así se ve que los adornos, los trages, y mas particularmente los sombreros de nueva invencion, están guarnecidos de este precioso tegido. La blonda y el encaje rico se emplean mucho en los trages y adornos de etiqueta.

Los trages de rica sedería se hacen generalmente de damasco, mué gótico, terciopelo pekin, etc. El corte de estos vestidos está dispuesto de tal modo, que los grandes dibujos y el rayado ancho aparecen en todo su esplendor; así que, las vueltas anchas, las faldas unidas y los adornos de toda especie están en perfecta armonía con la disposicion de estas preciosas telas. Otros trages se hacen de solo volantes de encaje; y si á los graciosos cambiantes que naturalmente produce este rico tegido, añadimos las caprichosas rosas que se ponen sobre sus pliegues y la disposicion de su corte, el efecto que hace este traje al primer golpe de vista es admirable.

En cuanto á la forma predominante de los trages de soirées varían mucho, particularmente en las faldas; las bertas y las vueltas anchas, muy en boga en la actualidad, han reducido mucho la amplitud de las faldas; las mangas se llevan todavía pequeñas y cortas, y el cuerpo se hace enteramente ajustado. Nada mas bonito, se dirá, nada mas gracioso: así es la verdad; pero es menester tener presente dos condiciones indispensables: la primera, que para que este traje tenga todo el aire, toda la gracia que le es natural, es necesario sea hecho por una artista muy hábil; y la segunda, que la persona que lo lleve tenga buena talla y cuerpo airosa. Todo esto no puede encontrarse; pero ahora añadiremos ¿qué existe aquí, entre la ilusion y la realidad?..... un misterio que no nos es dado explicar, y por lo tanto nos limitaremos á decir: que es indispensable el corpiño en este adorno, y que un vestido delicado necesita algun cuidado y primor en el corte, y nunca podrá salir bien si no se tiene presente este ingenioso punto, que reasume, en sus disposiciones, el tacto y el talento.

A estas elegantes y fantásticas creaciones, añadiremos una especie de *bal* (traje de baile), que no ca-

rece de gracia. Es de terciopelo labrado rosa, y con forro de seda blanca; el ropaje tiene un ancha franja de bordado, hecha con seda plateada.

La *chinchilla*, piel preciosa y elegante, se ha introducido en el mundo de la moda y del buen gusto. Ya se la emplea en guarniciones de vestidos de satin rosa ó blanco. Tambien se hacen *manteletas* y *sorties*, para teatro, de satin rosa ó blanco, todas forradas de armiño, y guardan su preeminencia para los soirées. La marta cebellina se emplea en las pellicas y manguitos.

Los últimos sombreros son sumamente pequeños, sin cintas para prenderlos, y con doble y triple guarnición de encajes. Tienen sobre la copa cintas de gasa, cuyas puntas caen muy bajas para que acompañen el rostro. Tambien los hay de tul festonado con una sola cinta de tafetan que se sujeta al lado con un lazo grande: generalmente se llevan poco guarnecidos por delante y el encaje cae por detras de la copa en forma de adorno.

Concluiremos, por último, recomendando á nuestras lectoras la graciosa guirnalda fantástica formada de cruces de Jerusalem y florecillas judáicas, y la de flores de cardo abiertas, al rededor de las cuales y hácia la punta del tronco invisible, centellean diáfanos piedras de granizo que, heridas por la luz, hacen un efecto maravilloso.

DE CABALLERO. Entre las novedades mas notables que han aparecido estos dias, citaremos el ropon de paño, llamado por su corte y forma «pellica de Francisco I.» Es una especie de esclavina larga bastante grande, guarnecidas todas sus orillas de una trenza de seda y adornada con dos líneas paralelas de botones. La sencillez y el poco lujo que se advierte en este ropon, tal como lo acabamos de describir, en vez de darle una gravedad austera, le hace muy aristocrático y que merezca la aprobacion de las personas de gusto.

El frac que nuestro figurin lleva bajo este ropon es de los de última moda. Sin embargo de representarlo abotonado, debemos advertir que los fracs que no se abotonan son preferidos para vestirse de baile por la gente del gran tono, por razon de poder lucir el chaleco y los bordados.

Para llevar botas de charol fino, el pantalon debe cortarse un poco corto, como lo demuestra el que acompaña al frac en nuestro figurin; pero si se llevasen escarpines el pantalon será mas largo y dos centímetros mas ancho en rededor. Algunos elegantes



de la alta aristocracia llevan el pantalon flotante, sin trabillas y un poco mas corto que los precedentes.

Cuando se llevan botas finas, el bajo del pantalon se guarnece; pero cuando se llevan zapatos, gásten ó no trabillas, no se pone guarnicion alguna.

Como actualmente no se busca mas que la comodidad, y no siendo necesario cerrar la cintura del pantalon, algunas personas han preferido las cintas á la hebilla, que tan fea vista daba al cuerpo, suprimiendo al mismo tiempo la del chaleco.

Describiremos por último la capa sesgada, cerrada con cinco presillas y con dos aberturas para dejar pasar los brazos, que la hacen mas cómoda. El cuello de esta capa es de terciopelo y de forma redonda; pero no por eso la moda escluye las demas telas de que se hacen los cuellos, ni la forma cuadrada. El gusto es completamente libre sobre este punto, como sobre los demas detalles de la confeccion. Un bordado de seda guarnece las orillas de esta capa; aunque tambien puede ponerse un adorno ligero ó un picado doble. Su forro es de seda, relleno de algodón, mas ó menos espeso, segun el gusto ó el capricho de cada uno.

El chaleco se lleva muy largo, con vuelta ó sin ella, y con dos hileras de botones.

### PATRONES Y LABORES.

A. Dibujo para petaca en forma de bolsa: se hace de terciopelo color amaranto ó de casimir azul oscuro, y se borda con cordoncillo de oro ó de seda.

B. Cenefa enlazada para pañuelo de la mano que se borda á cadeneta en mué color rosa ó azul.

C. Adorno para el bajo de falda de peinador, ó trage de mañana. Tambien se aplica este dibujo con buen efecto para cenefa de pañuelo, colocando en los ángulos los racimos.

D. Preciosa bertha de última moda.

E. Lazo para pañuelo, que se borda á mosquetado.

F. Papalina de muselina para trage de mañana.

G. Otra sumamente elegante para recibir visitas.

H. Geroglífico.

#### Solución del anterior.

Un esclavo asesinó á solas á Darío.

### PATRONES PARA CABALLEROS.

*Série de siete cortes de algodónado ó sea sobrelodo.*

Los siete patrones que aparecen marcados con los números desde el 2 al 8 inclusivos, tienen la décima parte de las dimensiones naturales, de modo que efectuando la multiplicacion, resultarán siete cortes muy distintos aunque en pequeño aparecen casi iguales, aplicables á otros tantos tamaños de espaldas diferentes.

Para no aumentar el número de modelos de esta série, se han adoptado los espresados números de longitud de la espalda, que son los extremos de las diferentes conformaciones.

Como en los patrones en pequeño los grados de diferencia del corte son casi imperceptibles, se describen asimismo 7 cuerpos separados, tomando tambien de cada uno el alto de la espalda, para que resulten en perfecta armonía con la línea del hombro.

### VICTOR HUGO.

#### II.

En diciembre de 1827 se decidió, pues, Victor Hugo á declarar abiertamente la guerra, á atacar de frente la escuela literaria que por tantos siglos habia estado en posesion de dictar leyes al mundo, dando á luz su drama de *Cromwell*. En un largo prólogo que lo acompañaba sentó las bases de su nueva doctrina, consignó el decálogo reformado que se alzaba atrevido contra los hasta entonces venerados preceptos de Aristóteles y Boileau, rompiendo completamente con lo pasado. Segun él, la humanidad podia dividirse en tres grandes períodos: TIEMPOS PRIMITIVOS, TIEMPOS ANTIGUOS Y TIEMPOS MODERNOS, así como la poesía en otras tantas edades correspondientes, por lo que respecta á la forma la ODA, la EPOPEYA y el DRAMA, representados típicamente en la BIBLIA, en HOMERO y Shakespeare. Y concluía reasumiendo su teoría con las siguientes palabras, en las que formulaba ya claramente el principio capital de la nueva escuela, que hasta entonces habia seguido solamente de una manera práctica: «El carácter del drama es la pintura de lo real; lo real resulta de la combinacion de los dos tipos opuestos; lo sublime y lo grotesco, que deben mezclarse en el drama como se mezclan en la vida y en la naturaleza».



porque todo cuanto existe en esta debe encontrarse sin distincion en el arte.»

Despues de haber arrojado el guante en este género, quiso dar otra muestra de sus fuerzas en el lírico, publicando las *Orientales* en 1828, libro de poesías que fué acogido con indecible entusiasmo, y en que supo demostrar de qué manera el genio puede hacer plegar la lengua, al parecer mas dura é inflexible, á toda clase de tonos y de formas. Al siguiente año, en 1829, dió á luz una obra, empresa de bien distinto género; obra pequeña, sí, en volúmen, pero grande por los pensamientos altamente filosóficos que contiene.— *El último día de un reo de muerte*, libro en que se nos revelan con una verdad desgarradora los latidos del corazon del hombre en sus últimos momentos, autopsia terrible de un cadáver vivo, por decirlo así, en que es imposible seguir al autor sin sentir helado el corazon de espanto.

De allí á pocos meses abrió por fin el teatro francés sus puertas á Victor Hugo, y el *Hernani*, ese drama á que despues habia de dar nueva celebridad la inspiracion música de Verdi, se estrenó el 26 de enero de 1830, día del cumpleaños del poeta, no sin haber antes tenido que vencer la resistencia de la escuela clásica, que defendia con encarnizamiento la entrada del santuario. En vano la *Academia*, llena de terror á la aproximacion del moderno Atila, y sintiéndose sin fuerzas para oponerle una valla, habia invocado el auxilio mismo del trono. «En punto á artes no tengo otro derecho que el que me da mi asiento en la platea,» contestó Carlos X. La noche del estreno fué una de las mas memorables; todo París se hallaba reunido en el teatro, y como puede presumirse, la representacion hubo de ser en extremo borrascosa. Se aplaudió por los unos con frenético entusiasmo, y se silbó por los otros furiosamente, llegando en los entreactos el aca-loramamiento hasta el punto de venir algunos á las manos; observándose, en medio de una sociedad compuesta de cuanto de mas notable encerraba la capital de Francia por su clase ó su talento, escenas perdonables tan solo á espectadores de en mangas de camisa. La victoria fué al cabo de los admiradores, y el triunfo del autor, completo. Y no sin razon; porque aun hoy, que ha desaparecido el fanatismo y el espíritu de innovacion, *Hernani* se sostiene todavía como el drama mejor de Victor Hugo; pues aunque es verdad que no carece de inverosimilitudes y digresiones, presenta en su conjunto un carácter de arrogancia y

grandeza que recuerdan á cada instante que el argumento es español. Hay sublimidad en el monólogo de Carlos V sobre el sepulcro de Carlo-Magno: doña Sol interesa en gran manera, y es un bello ideal. En suma, en aquel hacinamiento de dramas en uno solo; en aquel conflicto impetuoso y variado de pasiones y sucesos, se encuentra un encanto irresistible que consuela fácilmente de la falta del sábio pero acompasado movimiento de las tragedias aristotélicas.

*Marion Delorme*, drama escrito antes que el de que acabamos de ocuparnos, no se representó hasta despues de la revolucion de julio, por haber sido prohibido por la censura de la Restauracion. Como en *Hernani*, muéstrase Victor Hugo magnífico de sentimiento y de pasion; y sin embargo, este drama, despojado del prestigio de la escena, privado del realce de la ejecucion, leído, en vez de representado, agrada incomparablemente menos.

Por este tiempo comenzaron, aun los mismos partidarios de Victor Hugo, á mirar con sobresalto su propension á tratar sin respeto ni miramiento la historia, atreviéndose al fin á mezclar entre los aplausos y los himnos de alabanza alguno que otro consejo fraterno. Pero el fogoso poeta no creyó deber retroceder en el camino emprendido, y dió por toda respuesta en enero de 1832 otro drama, *Le roi s'amuse* («El rey se divierte») en que mostraba en esta parte una indocilidad que castigó el público justamente con una acogida sumamente fria y que impidió al drama sobrevivir á la primera representacion. Y no paró aquí, sino que prosiguió impávido por la senda que se habia fatalmente trazado, dando sucesivamente sus creaciones feas de *Lucrecia Borgia*, *María Tudor*, *Angelo* y *Ruy-Blas*, modelo monstruoso de bellezas sublimes y de ridículas puerilidades. Victor Hugo, que hubiera podido ser un grande autor dramático, con mas gusto, con mas juicio, á fuerza de querer sacrificarlo todo á sus dos elementos contrarios, á fuerza de encadenarse entre esa perpetua antítesis del bien y del mal, de lo hermoso y de lo deforme, como indicamos en el anterior artículo, ha llegado á crear en el fondo héroes que hablan como valientes y obran como cobardes; cortesanas candidas como vírgenes; reinas sin dignidad, como tales, y aun como mugeres despreciables; y en la forma, versos llenos de entonacion y de armonía, al lado de otros rastreros y desaliñados; de suerte que el espectador, sometido á la accion de dos impresiones opuestas, diametralmente encontradas, se halla



moralmente en la desagradable situación en que se encontraría un hombre que tuviese medio cuerpo sumergido en agua hirviendo y la otra mitad en la nieve.

En *Nuestra Señora de París*, la obra sin duda mas importante de Victor Hugo, y que mayor reputación le ha conquistado, permaneció, aunque con mejor éxito, fiel á este sistema. Esmeralda es el tipo de la belleza física y moral. Cuasímodo lo es de la deformidad física en todo lo que tiene de mas abyecto. Hay sin embargo en esta obra tanta energía y gracia en el estilo, tanta filosofía y ciencia, tanta pasión; lleva tan impreso en todas sus páginas el sello del genio y de la poesía, que el lector apenas alcanza á darse cuenta de sus sensaciones, se siente dominado como por un vértigo, y no tiene poder para resistir á la influencia misteriosa que le arrastra á su placer en pos de sí al través de lodazales y jardines, de infiernos y paraísos.

Tan grande y colosal se ostentó Victor Hugo en *Nuestra Señora*, que no parece sino que fatigado de tamaño esfuerzo teme desde entonces rivalizar consigo mismo y quedar inferior á su reputación, dando á luz alguna otra producción en este género; así es que desde esta época apenas da su talento creador señales de vida.

Réstanos hablar solamente de su último tomo de poesías, perla con que ha enriquecido la literatura francesa, y cuyo mérito solo es comparable á la brillante acogida que encontraron entre los amantes de las glorias del Parnaso. En las *Hojas de Otoño*, en los *Cantos del crepúsculo* y en las *Voces del alma*, nombre de las colecciones en que se hallan distribuidas, y que pueden considerarse como el fruto de la virilidad poética de Victor Hugo, todo es grande, todo sublime, armonioso y bello. Se diría que disgustado ya el poeta de cantar los dolores y las miserias de una sociedad que llora y sufre; hastiado de sentir su corazón vacío y de pulsar las cuerdas lúgubres y desconsoladoras de un escepticismo ateo, ha invocado la fé pronta á extinguirse, ha rejuvenecido su alma en las aguas de la esperanza para cantar las gracias de los niños, la felicidad del padre y del esposo, la ternura de la esposa y de la madre.

Después de su rápida carrera de gloria, después de haber ceñido su frente con tantas coronas, solo faltaba á Victor Hugo, para ver colmada su noble ambición, conquistar á su reputación europea la sanción de la corporación mas ilustre y respetable de su país, de la ACADEMIA, como lo consiguió al cabo, aun-

que no sin haber antes pasado por la mortificación de ser rechazado tenazmente. En efecto, el 3 de junio de 1841 hizo su entrada triunfal en el palacio del Instituto, presentándose con una elegancia inusitada. Victor Hugo es de mediana estatura y robustas formas; sus cabellos largos y relucientes, separados con esmero sobre su frente vastísima, caían en rizos sobre el cuello bordado de su casaca; sus ojos negros, algo hundidos y pequeños, reflejaban un gozo comprimido, pero lleno de dignidad; todas sus facciones, que por otro lado nada tienen de extraordinario, parecían haberse revestido, con las impresiones del momento, de cierta distinción. El cuello blanco, doblado sobre la corbata de raso negro, hacía resaltar su rostro joven todavía, pero pálido y grave al mismo tiempo, y la cruz de la legión de Honor y otras condecoraciones brillaban en su pecho, dando á toda su figura un aire noble y elegante.

Ahora que el célebre poeta ha llegado ya como literato al colmo de la gloria y de la consideración pública, háse recogido con sus laureles al fondo de la familia y de la vida privada, feliz con el amor de una esposa hermosa y tierna, y con las caricias de cuatro graciosos niños. Y á propósito de esto, no podemos resistir al deseo de terminar esta biografía, trasladando las siguientes curiosas noticias que un escritor francés, bastante conocido en el día, Mr. Méry, nos suministra acerca del escritor que nos ocupa.

«Victor Hugo, dice, recibe mas visitas que un ministro; no hay joven literato llegado de provincia que no llame á la puerta del poeta y que no sea recibido. Nadie puede formarse una idea de la bondadosa afabilidad con que escucha y aconseja á estos jóvenes: jamás, en sus momentos aun los mas ocupados, da muestras de impaciencia: para él es un deber sagrado acogerlo todo, escucharlo todo; porque no ignora que una palabra suya de benevolencia puede acaso fundar el porvenir de un hombre de talento. El joven escritor sale siempre del gabinete del acreditado escritor lleno de satisfacción y entusiasmo; y no es extraño, ciertamente, porque Victor Hugo es un modelo de urbanidad y finura. Nadie habla tampoco mejor que él: todo lo que dice podría escribirse ó imprimirse y ser leído con placer: su conversacion no cansa jamás, porque rebosa en ideas llenas de originalidad, de talento y de juicio: se le escucha sin pestañear, y se separa uno de él siempre con sentimiento.

«La casa que habita Victor Hugo está amueblada



con el gusto caprichoso y fantástico de su imaginación de poeta; desde que se entra todo convida á no salir. Vénse en ella salones cubiertos de altas tapicerías feudales, como en los de los castillos de la edad media. En ellas se encuentran banquetas y sillas de coro, reclinatorios, aparadores y cofres, artísticamente cincelados. El salón en que ordinariamente recibe, y que respira á toda hora la tranquila alegría de la familia, se aproxima por sus adornos al gusto moderno; sin embargo, reina siempre en él cierto orgulloso desden de la simetría y de la vulgaridad. El balcón cae sobre la plaza Real, donde la grande y poética época de Luis XIII se halla escrita aun en líneas rojas en todas las paredes. Victor Hugo se complace en este cuadro exterior, y se ha constituido por su propia autoridad en protector y conservador de esta plaza, dispuesto siempre á defenderla contra el vandalismo de las alineaciones, las revocaciones y los progresos del buen gusto.

«No se concibe cómo este gran poeta, en medio de las serias tareas de una vida consagrada á las letras, puede encontrar ratos desocupados que consagrar á negocios ajenos de sus intereses reales. Visítad á Victor Hugo; creereis encontrarle trabajando en su pupitre, y le encontrareis conversando con un extraño, que le acaba de esponer el estado de ruina de algun monumento histórico y de recomendarlo á su protección; ó bien hablando científicamente con un hábil artista que ha resucitado el secreto de pintar sobre vidrio. En su casa le hallareis siempre con otros, jamás solo. Así, pues, la lucha interior no ha turbado su felicidad doméstica: nada ha podido alterar su privilegiado natural, aquella mezcla de genio y de elevada razón.»

### INVOCACION.

Ven á mis manos, ven, arpa querida,  
mi amable compañera,  
Única flor de mi agostada vida,  
Única luz que alumbra mi carrera.

Única voz simpática y amiga  
Que responde á la mía,  
Único lazo que al placer me liga,  
Sin que roto le lllore todavía.

Tú eres el puerto á mi deshecha nave  
Que entre escollos navega;

El iris tú que en la tormenta grave  
De su vaiven el ímpetu sosiega.

¡Oh! ¿qué fuera sin tí mi triste vida?  
Pobre planta inodora  
En los eriales páramos nacida  
Que nunca el sol espléndido colora.

Sin tí vagara mi existencia yerta  
Por la faz de la tierra,  
Como la sombra de una virgen muerta  
Sobre el triste sepulcro que la encierra.

Corrieran ¡ay! monótonas y solas  
Al porvenir incierto,  
Mis tristes horas, como van las olas  
A perderse en la arena de un desierto.

Sin dejar en la tierra leve huella  
De mi efímero paso;  
Como no deja rastro la centella  
Que cruza sin rumor, no vista acaso.

Pero contigo mi existencia oscura  
Llena de sinsabores,  
Es humilde arroyuelo que murmura  
Y produce al pasar algunas flores.

Cuando reclino mi abatida frente  
Sobre tu cerco de oro,  
A consolar mi dolorida mente  
Se alza risueña la ilusión que adoro.

Entonces logra remontar su vuelo  
Mi pensamiento loco  
A esa esfera ideal, que no es el cielo,  
Y no es el mundo mísero tampoco.

Allí vagan imágenes risueñas  
Que infunden el contento,  
Y á la par que se muestran halagüeñas  
Saben purificar el pensamiento.

Suenan confusamente en el oído  
Murmillos de consuelo,  
Como si fuera el eco repetido  
De algun himno que cantan en el cielo.



Y un sentimiento indefinible, vago,  
Del alma se apodera,  
Mucho mas dulce que amoroso halago,  
Mucho mas puro que infantil quimera.

El pensamiento se dilata, crece,  
Gigante alza su vuelo,  
En los aires cual águila se mece,  
Lejos, muy lejos, del terrestre suelo.

Ven ¡oh! si, ven, que mis delicias eres,  
Arpa mia querida!  
Busquen otros el oro y los placeres,  
Tú serás el encanto de mi vida.

Tú serás el intérprete de un alma  
Que solitaria llora,  
Y trocarás en apacible calma  
Esta vaga ansiedad que me devora.

Evocarás el sueño, las quimeras,  
El tierno desvarío;  
Esas sombras efímeras, ligeras,  
Que vagaban un tiempo en torno mio.

O con sublime religioso acento  
Hiriendo el alma mia,  
Llevarás trasportado el pensamiento  
A regiones mas bellas todavía.

No estaré sola en mi vivir doliente;  
Tú endulzarás mi llanto;  
Y al espirar recogerá el ambiente  
Tu son postrero y mi postrero canto.

MICAELA DE SILVA.

### INCONSTANCIA.

Perdona, Laura divina,  
Si aun otra vez importuna,  
Hoy sin esperanza alguna,  
Llega hasta tí mi pasión;  
Que aunque la mente adivina  
Cuánto ya enojarte puede,  
A ella al fin la razón cede  
Y se rinde el corazón.

No vengo, no, á reclamarte  
Los juramentos sagrados,  
Que cien veces quebrantados  
Han sido, Laura, por tí;  
Ni vengo tampoco á darte  
Quejas por tu indiferencia,  
Pues te cansa mi presencia  
Y ni te acuerdas de mí.

Fué tu amor cual débil nave  
Que en mar serena bogando,  
Casi siempre zozobrando,  
Contra mil escollos da:  
Y del viento mas suave  
Al menor esquivo empuje,  
Pierde el rumbo y rota cruje  
Y al fin á pique se va.

Fué cual la luna brillante  
Que en la esfera se presenta,  
De la tempestad violenta  
Rasgando el negro capuz:  
Que casi en el mismo instante  
En que sus rayos descubre,  
Llega una nube y la cubre  
Oscureciendo su luz.

Que cual flor que hermosa nace  
Para marchitarse en breve;  
Cual copo de blanca nieve  
Que se empieza á derretir;  
O cual humo que deshace  
De un soplo huracan impío;  
O cual gota de rocío  
Que seca el sol al salir.

Quisíste un solo día....  
Al segundo te cansaste....  
Al otro ya me olvidaste  
Y aun despreciaste mi amor  
Y yo con necia porfía  
En adorarte obstinado,  
No supe, no ¡desdichado!  
Que vivía en un error.

Mil desengaños seguidos  
Bastantes hasta hoy no fueron,  
Ni desgarrar consiguieron  
De mis ojos el cendal:



Que con halagos mentidos  
Tú diste pábulo al fuego,  
Para mas gozarte luego  
En mi desdicha fatal.

Pues bien: si tal fué tu intento,  
Si á tanto tu rigor llega  
Que hoy tu inconstancia me niega  
Los juramentos de ayer,  
Goza, goza en mi tormento  
Que yo á mi pasion rendido,  
Mientras mas aborrecido  
Mas y mas te he de querer.

MANUEL AZCUTIA.

### ANÉCDOTA.

Hablábase de los ecos en una sociedad: decían unos haber oído de ellos que repetían exactamente tres, cuatro y cinco sílabas, añadiendo otros haberles oído reproducir hasta ocho con toda claridad; cuando cierto andaluz, que había escuchado la conversacion, saltó y dijo: «Señores, eso no vale nada: para eco el que hay en mi casa, que repite como un papagayo cláusulas enteras!» Pero como algunas de las personas presentes se mostrasen algo incrédulas, convidó á la reunion á que pasase al día siguiente á su casa para hacer la esperiencia.

A la hora convenida ya se hallaban todos reunidos, y nuestro hombre, que estaba bien seguro del éxito, porque como es de suponer, había tenido buen cuidado de ocultar entre los árboles del jardín á su criado para que hiciese el eco, invitó á uno de los amigos á que preguntase en voz alta cualquier cosa.

—¡Hola! eco ¿cómo estamos? «gritó este, y el criado, que no había entendido muy bien lo que era hacer el eco, contestó desde el escondite: — Señor, no hay novedad.»

### UN ENGAÑO.

#### III.

Todos los apasionados de la bella Diana se encontraban anonadados ante su ilustre rival. En la necesidad de confesar, á despecho de su honor ultrajado, de que el príncipe merecía la preferencia, haciendo

en esto el papel de verdaderos cortesanos, preparábanse para aparecer con el mayor lujo posible á las fiestas que se anunciaban en el castillo del Haumont, así como igualmente toda la nobleza de los alrededores.

Monteamor sin duda era ya feliz; pero su alegría era grave, como la de un hombre sábio que toma seriamente el acto importante de hacer dichosa á la mujer que ama.

Diana, confiada en su suerte y llena de orgullo con el amor del príncipe, no hacía por ocultar su alegría. El nuevo brillo que había adquirido su semblante y el indecible gozo que embriagaba á su apasionado corazón, la hacían aparecer mucho mas bella á los ojos de los que la rodeaban. Nadie quedó en la reunion, ni aun el mismo Tervis, que no fuese por ella obsequiado. El baron con tanta mas razon cuanto que le debía la presentacion del príncipe, y le estaba muy agradecida de la afectacion respetuosa y de los elogios que tributaba en público á su ilustre huésped, tornando en rival; sobre todo de la alegría que al parecer mostraba en su casamiento, y de las diligencias que hacia para acelerar su celebracion.

—Bien va esto! decia la jóven con frecuencia; el baron no ha logrado mi amor y se venga haciendo mi dicha. Se consuela viendo á su amigo feliz. Ah! bien se deja conocer que tiene un corazón noble.

¡Pobre niña, y cuán lejos estaba de sospechar la terrible venganza que preparaba el traidor baron!...

Al día siguiente debía celebrarse tan anhelada union. Diana se hallaba á la sazón en el gran salon donde Monteamor la saludara por primera vez, recibiendo con encantadora gracia las felicitaciones de los numerosos convidados. El anciano conde apenas podía disimular su alegría, y Monteamor pensativo y meditabundo no apartaba un momento los ojos de su adorable desposada. El baron de Tervis, que jamas se apartaba de su lado, parecia temeroso de que un remordimiento imprudente, del supuesto príncipe, frustrase sus proyectos de venganza al tiempo de su ejecucion.

Cuando llegó la noche varias señoritas rodearon á Diana; Monteamor estaba apoyado en el alto respaldo del sitial de la jóven, y Tervis aun permanecía á su lado.

Despues de un momento de silencio la conversacion recayó en una noble señora de Lorena que acababa de desposarse, de segundas nupcias, con un hombre del pueblo, de ningun mérito; y todos los no-



bles areópagos protestaron contra tan indignas alianzas, entonces muy poco generalizadas.

—He aquí lo que nunca he podido comprender, dijo la hermosa Diana con negligencia; cómo la mujer que posee un gran nombre, llegue á rebajarse hasta ese punto.

Monteamor frunció el ceño y su semblante tomó un aspecto sombrío.

—¿No basta ser noble de corazón? dijo el joven con voz grave. ¿Acaso el amor admite divisiones?...

—El que es noble de nombre lo es de corazón, príncipe; respondió Diana alzando su preciosa cabeza para mirar á su desposado.

Pero Monteamor, sin hacer caso de su sonrisa, replicó:

—Así, pues, si yo hubiese sido pobre y oscuro...

—Hubiera sido una desgracia... pero no os habría conocido.

—Vos confesais, pues, que sin mi título de príncipe no tendria para vos ningún mérito, ninguna de las cualidades que me han facilitado vuestra mano...

—No he dicho eso; pero... el amor vive de gloria, de honor, de admiración. Soy orgullosa, porque vuestro amor me eleva, me obliga... cuando os veo admirado por todos. ¿Me culpáis por esto?

Una sonrisa seductora brillaba siempre en los frescos labios de la joven. Monteamor permanecía con aspecto grave. El baron de Tervis comenzaba á inquietarse.

—El amor así explicado, puede dársele otro nombre que el de ambición, vanidad?

—¡Ah! muy mal pensais de mí! Si vos habiéreis sido oscuro y un hombre confundido entre la multitud, no hubiera podido, separada de vos por mi rango y por las exigencias del mundo, adivinar el corazón que perdía... pero hoy, creedlo, aunque descendierais de vuestra alta posición, seriais elegido por mi esposo. (Continuará.)

## A LAS HERMOSAS SUSCRITORAS

DE

### LA ELEGANCIA.

#### SONETO.

Solo vagaba por el ancho llano

Do en vértigo fatal hierva la vida.

La flor del corazón mustia, abatida

Cedió al empuje de aquilon insano.

Mas ya murmura por el viento vano

Eco de inspiración que á amar convida.

Torna á cobrar, con la ilusión perdida,

La vibración de mi laud liviano.

Ya soy el Trovador de los jardines;

Venid, hermosas, á escuchar mi acento.

Yo canto la alegría, los festines,

La belleza, el placer y el sentimiento:

Venid á mí lanzando resplandores,

Vertiendo risas, respirando amores.

L. RIVERA.

## REVISTA DE TEATROS

Las funciones de *Noche-buena*, que han seguido poniéndose en escena los tres días de Pascua, continuando algunas, sin saberse hasta cuándo, no merecen seguramente que ocupemos á nuestros lectores, cuyo mayor número le forman personas de mucha ilustración, con su revista, mas ó menos detallada.

La noche del 24 de diciembre se consagra en España á la algazara, casi puede decirse al desconcierto de todo lo que nos es habitual; los teatros se ven en la necesidad de responder á esta exigente costumbre, y solo buscan producciones que esciten la risa, aunque para ello sea preciso apelar á todo lo inverosímil, violento ó descabellado que sugiera el pensamiento. El Príncipe con la *Mari-Hernández*, en que no hay mas de notable que el hacer la Matilde de galleja y bailar el divino patedú de los hijos de Pelayo; la Cruz, con *El guante y el abanico*, tan pausadamente manejados que parecen de plomo (vaudeville en tres actos ya juzgado por nosotros) y el *Cuarto con dos camas*, que muy á satisfacción del público de Navidad, desempeñan los señores Lombía y Caltañazor; y los demás teatros con funciones de igual género, han satisfecho y llenado el objeto de estos días extraordinarios, y que bien pudieran llamarse escéntricos.

Las personas que llenan las localidades en la época presente tienen otra naturaleza distinta, y por tanto gustos diferentes de los que se designan con las calificaciones de comunes ó generales: y esto sucede aun en los sujetos que siguen frecuentando los teatros en el resto del año. Cosas ven y aplauden desde el 24 de diciembre al 6 de enero, que acaso silbarían el 25 de diciembre ó el 7 del siguiente mes.